

ba inmóvil cerca de Königsgrätz, marchó á Kosmanos cerca de Jungbunzlau donde se le unió el 26 de abril el ejército mandado por el príncipe Augusto Guillermo de Brunswick Bevern que había entrado por la frontera de Lusacia y tenido que rechazar al cuerpo de ejército del conde de Königsegg. Ambos cuerpos de ejército reunidos se adelantaron como vanguardia hácia el río Elba.

Entretanto había salido el rey del país de Pirna, y pasando por Peterswalde, Aussig y Lobositz, marchó sobre Budin, mientras se dirigía á su derecha el príncipe Mauricio de Anhalt-Dessau desde Chemnitz (en Sajonia) por Marienberg y Komotau á Laun, y á la derecha de este el príncipe Enrique de Prusia desde Aunberg (también en Sajonia) por Neustadt, Kaaden y Saatz al mismo Laun.

Cuando estos cuerpos de ejército se reunieron el 28 de abril junto al río Eger, retirándose delante de ellos el general Brown en dirección á la capital ó sea sobre Praga, quedaron cortados y abandonados al enemigo los ricos almacenes de Aussig, Lobositz, Leitmeritz, Budin, y en seguida también los de Welwarn, Martinowez y Charvatetz. Con esto tuvo el ejército prusiano asegurada la subsistencia para la campaña á costa del Austria.

Brown, perseguido con energía por los prusianos se retiró primero á Welwarn y desde allí á Tuchomierschütz, donde le encontró el príncipe Carlos de Lorena cuando llegó de Viena para encargarse de la dirección de las fuerzas austriacas. Véase cómo este príncipe describió después su entrevista con el feldmariscal: «Confieso que quedé sorprendido al verle y me atrevo á decir que le encontré en una disposición de ánimo tristísima, casi falto de juicio. Su primera palabra fué que era muy desgraciado, que deseaba la muerte; y diciendo esto rompió á llorar; pero al instante añadió que el enemigo avanzaba y que era menester caer sobre él. Yo hice todo lo que pude para tranquilizarle, pero fué inútil.»

En cuanto al ataque que pedía Brown no fué aprobado por los demás generales, los cuales calificaron de temeridad todo ataque á un enemigo tan superior en número; y cuando el príncipe oyó decir á Brown que atacaría con solo 4,000 hombres, le pareció que había perdido el juicio de todo punto. Quedó pues resuelto continuar la retirada á Praga, adonde llegó el ejército el 1.º de mayo, y habría seguido mas allá, según quería el príncipe, á no ser por Brown que en el consejo de guerra del 2 de mayo sostuvo apasionadamente la opinión de que una vez abandonada Praga se habría perdido la monarquía, y la emperatriz no tendría mas remedio que huir de Viena. Además recordó que en Praga había tantas riquezas, almacenes y provisiones tan grandes, que aunque costara la salvación de la ciudad todo un ejército, sería bien empleado el sacrificio, y finalmente que él estaba pronto á defenderla con solos 8,000 hombres. El príncipe objetó que mas importaba salvar el ejército que una ciudad, á la cual él había visto tres veces en manos del enemigo y otras tantas recuperada; pero estas razones no prevalecieron; la mayoría de los generales resolvió quedarse y llamar allí al ejército de Serbelloni sin pérdida de tiempo; pero antes de que Serbelloni llegara, el rey Federico efectuó su unión con el ejército del conde de Schwerin, y el 6 de abril se libró la batalla de Praga.

Las fuerzas austriacas en número de 60,000 hombres ocuparon las alturas que forman un baluarte natural al rededor de la ciudad. Era casi imposible un ataque con esperanzas de buen éxito por el lado Norte desde el Monte Zisca hasta el de Tabor por lo escarpado de las alturas, y por el barranco de unos 33 metros de profundidad que había en este último punto. Solo por el lado de Este bajan las pendientes suavemente hácia la aldea de Sterboholi, y hacen mas fácil el

ataque. Hácia allí, pues, dirigió Federico todo su ejército, compuesto de 64,000 hombres. El feldmariscal Brown, apenas hubo notado este movimiento, hizo lo que mas podía convenir en aquella situación á los prusianos, que fué presentar la batalla en el terreno para estos mas favorable. Mandó formar en frente de los prusianos, mas arriba de Sterboholi, los granaderos de su reserva, la caballería de su ala izquierda y la segunda línea de su infantería. Embistió la caballería prusiana mandada por Zieten tres veces á la austriaca, quedando esta dislocada á la tercera. En seguida pasaron al ataque «con mas ímpetu y ardor que prudencia», dice Federico II en su obra, diez batallones de granaderos sin tomarse apenas el tiempo de formar en batalla, para llegar antes que la infantería enemiga al punto que debían ocupar; pero, habiendo tomado desde lejos por prados lo que eran pantanos desaguados, se hundieron en el limo donde fueron blanco de la mortífera metralla enemiga, y quedaron completamente derrotados. Aprovechando este momento, se adelantó Brown á la cabeza de sus granaderos para atacar las filas prusianas á la bayoneta; pero una bala de cañon prusiana le destruyó una pierna. Cayó y fué sacado de allí sin conocimiento; pero sin que esto enfriara el ardor de sus granaderos, que sin su jefe se precipitaron adelante, cayendo con tanto ímpetu sobre los prusianos, que deshicieron la primera línea y la desbandaron. El feldmariscal Schwerin tomó en su mano la bandera, quiso detener á los fugitivos y hacer frente con ellos al enemigo; pero cayó también mortalmente herido, y ya no fué posible detener á los soldados. Llegó tarde el rey con la segunda línea al sitio, pero á tiempo para salvar la jornada y vencer, porque los granaderos austriacos, sin el apoyo de su caballería, que derrotada completamente no se había podido rehacer, se habían desbandado en el calor de la persecución, y cansados como estaban, se vieron súbitamente en frente de los regimientos frescos que había llevado el rey, y después de una corta y ardiente lucha quedaron derrotados y huyeron en desorden completo. No se habrían salvado los fugitivos á haber tenido Federico á mano su caballería para perseguirlos. Sus húsares y dragones habían llegado, persiguiendo á la caballería austriaca, al campamento de la reserva, donde habían encontrado tanta abundancia de bebidas, que ya nadie los pudo apartar de allí hasta que ebrios ya, quedaron inutilizados por aquel día. No obstante, la batalla estaba ganada en el ala izquierda, aunque la victoria no era tan completa como Federico deseaba, cuando su ala derecha entró en el combate. Para relatar lo que sucedió desde este momento dejaremos la palabra al mismo rey, porque una cosa muy parecida se repitió poco después en la batalla de Kolin:

«No estaba destinada el ala derecha, dice en su historia, á entrar en batalla, á causa del profundo barranco que tenía delante, y por otras circunstancias desfavorables del terreno; mas á pesar de esto, fué comprometida en la acción por la imprudencia del Sr. de Manstein, cuyo valor impetuoso que se inflamaba al ver el enemigo, le hizo también pasar adelante esta vez sin haber recibido orden. Arrojóse, pues, sobre el enemigo sin aguardar mas. Los príncipes Enrique (hermano del rey) y de Bevern (de Brunswick), aun desaprobando su conducta, no quisieron dejarle sin apoyo, y así pasó su infantería encaramándose y subiéndose como pudo por los peñascos de las alturas ocupadas y defendidas por toda el ala izquierda de los austriacos con su numerosa artillería. El príncipe Fernando de Brunswick (no el de Brunswick Bevern), al observar lo que pasaba desde el ala izquierda, donde ya no tenía enemigos delante, atacó á los austriacos por el flanco y la espalda, con lo cual coadyuvó tan poderosamente á los esfuerzos del príncipe Enrique, que este pudo quitar al enemigo tres baterías y arrojarlo de una altura á otra.»

De los austriacos fugitivos lograron pasar 13,000 el río Sassawa; pero el grueso de las fuerzas se metió en la ciudad refugiándose detrás de sus baluartes. El rey de Prusia cercó la plaza sin tener una idea del número de soldados que la defendían; y el general que mandó al día siguiente á intimar al comandante la rendición, quedó muy asombrado al encontrar allí al príncipe Carlos y al tener la seguridad que este disponía de 40,000 soldados que se habían podido salvar de la sangrientísima batalla.

Esta había durado desde las 9 de la mañana hasta las 8 de la tarde. El rey calculó las bajas de los austriacos en 24,000 hombres incluidos 30 oficiales y 5,000 soldados que había hecho prisioneros; pero sus propias bajas fueron 18,000 hombres «sin contar al feldmariscal Schwerin, dice en su obra, que por sí solo valía 10,000 hombres. Su muerte marchitó los laureles de la victoria comprada con sangre tan preciosa. En esta jornada cayeron las columnas de la infantería prusiana; Fouqué y Winterfeldt fueron heridos gravemente; murieron Hautcharmoy, Goltz, el príncipe de Holstein, Manstein de Anhalt, y otros muchos oficiales valientes, y guerreros veteranos á quienes aquella guerra cruel y sangrienta no dejó tiempo de reemplazar.»

Arnth en su obra calcula las pérdidas en mas de 13,000 bajas por ambas partes, y en la historia de esta guerra, escrita por los oficiales del Estado mayor prusiano (tomo I, 195) se calculan las bajas del ejército prusiano en esta jornada en 12,500 hombres (1).

Para acibarar mas á Federico la alegría de esta victoria agregóse luego á las pérdidas irremplazables que había costado, la convicción de que nada decidía, porque no disponiendo de fuerzas suficientes para un sitio en regla, no podía tampoco pensar en tomar por asalto una plaza que estaba defendida por un ejército de 40,000 hombres. Únicamente podía ponerle cerco para ver si desde el monte Zisca podía destruir con sus cañones los almacenes de víveres del enemigo á fin de obligarle á rendirse por hambre; pero no podía saber el tiempo que habría de estar para esto delante de Praga ni qué fuerza podría dejar allí; porque esto dependía de la fuerza y de los movimientos del ejército que el feldmariscal conde de Daun había reunido ya entonces para hacer levantar el sitio.

Rechazado Daun con sus 14,000 hombres por el cuerpo del príncipe de Bevern compuesto de 20,000 y perseguido desde Kolin hasta Goltzsch-Jenikau, al Sur de Czaslau, había dejado abandonados otros grandes almacenes á los prusianos; pero su retirada le valió todo un ejército, pues que así se agregaron á sus 14,000 hombres la caballería ligera de Nadasdy que acudió desde la Moravia, los fugitivos de la batalla de Praga, procedentes de Beneschau, y cuatro regimientos de caballería sajona que acudieron de Polonia, y todos juntos aumentaron sus fuerzas hasta 50,000 ó 60,000 hombres. La presencia de un ejército tan considerable en el camino de Praga destruyó todos los planes de Federico. Inútil era abrir el fuego de su artillería contra la ciudad, porque podía reducir á cenizas algunos centenares de casas, pero ningún daño habría hecho á los almacenes del enemigo que estaban en casamatas á prueba de bomba, y menos daño habría causado á los baluartes. Las fuerzas con que podía cercar la plaza bastaban para rechazar las salidas de los sitiados, pero no para cansarlos ni hostigarlos, y para mayor desgracia se acercaba el general Daun que con su ejército habría destruido la división del príncipe de Bevern si Federico no hubiese corrido á su auxilio con gran parte de las fuerzas que tenía delante de Praga. Mucho trabajo le

costó reunir para este objeto 10 batallones de infantería y 20 escuadrones de caballería, y esto á condición de no estar demasiado tiempo ausentes so pena de exponer seriamente á los sitiadores de la capital. El mismo llevó este refuerzo al príncipe de Bevern, porque allí se había de decidir la campaña, pues que si Daun quedaba vencedor se libraba también Praga, y se perdía toda la campaña.

Daun, después de una acción favorable á las armas austriacas reñida con la vanguardia del príncipe de Bevern, ocupó en 13 de junio la aldea de Kuttenberg, y en 17 del mismo mes coronaba su ejército todas las alturas que se alzan al Mediodía de la gran calzada entre Planian y Kolin. Por esta calzada caminaba el rey de Prusia desde Planian en dirección de Kolin el 18 de junio con 31,000 hombres después de haberse reunido con el príncipe de Bevern en Kaurzim, cuando vió á los austriacos en las alturas á su derecha. Inmediatamente mandó hacer alto junto á la posada del Sol de Oro (en idioma checo, que es el que hablan los eslavos de Bohemia, *Slate slunze*), y dió allí á sus generales reunidos las órdenes para la batalla inmediata. Un testigo ocular, entonces paje del rey, el señor de Putlitz, conservó la apuntación que tomó de las instrucciones que el rey dió aquella mañana á sus capitanes y de cuya completa exactitud no hay ningún motivo de dudar. Véase el pasaje principal de la relación de este joven, á quien el rey nombró después teniente en el campo de batalla de Leuthen, y que, finalmente, llegó á ser mayor del primer batallón de la guardia real. «El rey dijo á todos los señores generales: Hemos de atacar solo al ala derecha del enemigo, porque por este lado no puede formar mas de 6 á 8 batallones de frente. Para esto seguiremos á lo largo del río de Kolin é iremos arrollando poco á poco al enemigo hasta apelonar su ala derecha sobre su izquierda, la cual ó tiene que meterse en el pantano ó se nos habrá de rendir. Nuestra ala derecha ha de estar de reserva, de tal manera, que no se oiga si posible es, ni menos se vea alcanzada por ninguna bala enemiga. Allí á la extrema izquierda verán Vds. grandes edificios ó graneros y junto á ellos una pequeña aldea y algunos estanques; sobre este punto debe apoyarse nuestra ala derecha, y aunque se incline hácia la izquierda, cuando nuestra ala derecha ataque no debe exponerse á las balas enemigas, según ya he dicho. Si el enemigo se atreve á bajar al llano, le recibirá toda nuestra caballería que inmediatamente se ha de arrojar sobre él. Los señores de la caballería ya sabrán lo que han de hacer para lucirse; el general Zieten ha sabido obligar á los húsares enemigos á enseñarnos las espaldas; hagan Vds. ahora lo propio y el enemigo quedará ciertamente destruido. Vos, mi querido Hülsen, con ocho batallones de nuestra ala izquierda, atacareis y tomareis los reductos que el enemigo ha levantado cerca de aquella aldea delante de su ala derecha; yo os seguiré inmediatamente con todo el ejército. El general Treskow maniobrará con mi ala izquierda de tal manera, que se ponga en contacto con la derecha del general Hülsen; y de la misma manera seguirán los demás señores generales. Haciéndolo así, tocará nuestra ala derecha á aquellos edificios sólidos, donde ha de permanecer inmóvil hasta que se la necesite y yo le envíe orden de moverse también sobre la izquierda. La caballería quedará detrás de la infantería, á fin de estar á punto de dirigirse adonde conviniere y donde pueda repartir sablazos; y por cierto que tiene delante de sí una bonita llanura. Sobre todo es menester no hacer ningún caso del fuego enemigo hasta que ocupemos todas nuestras posiciones; solo el general Hülsen atacará en seguida que llegue al enemigo.» Dicho esto, excitó el rey á todos los generales á decirle si le habían entendido bien, añadiendo que el que no le hubiese entendido bien se lo

(1) Véase la obra de Schaefer, tomo I, pág. 316.

dijese: «No me enfadaré, añadió, y de muy buena gana lo repetiré.» Todos afirmaron haberle entendido bien; y el príncipe Mauricio hasta dijo: «¿Quién no lo entenderá? Es tan claro que no es posible errar.»

Veamos ahora cómo relata el rey Federico en su historia de esta guerra, las disposiciones que dió para la batalla: «Se había resuelto atacar la derecha del enemigo porque estaba mal apoyada, y el acceso era más fácil por aquel lado. El frente de los austriacos se extendía sobre las alturas peñascosas, ásperas y escarpadas á cuyo pié había algunas aldeas dispersas por la llanura y ocupadas por los panduros. No era posible atacar al enemigo por este lado, pero era fácil el ataque por su derecha. El punto destinado á ser atacado por la izquierda prusiana era una altura, ocupada ya por los austriacos, donde había un cementerio solitario rodeado de croatas que era preciso tomar. Dirigiéndose despues un poco hácia la izquierda se podía atacar al ejército del feldmariscal Daun por la espalda y de flanco. Para realizar bien este ataque era indispensable apoyarlo con toda la infantería de nuestro ejército; y por esta razón resolvió el rey apartar su derecha completamente del fuego del enemigo, á cuyo fin dió orden severa á los jefes que la mandaban de no pasar de ningún modo de la gran carretera de Kolin. Esto estaba tanto más indicado cuanto que la parte del ejército austriaco que esta ala tenía en frente ocupaba una posición inexpugnable. Si las posiciones así designadas por el rey á sus tropas se hubiesen conservado estrictamente, el rey habría podido en el curso de la batalla hacer avanzar, según lo exigiera el caso, un batallón tras otro para socorrer á las brigadas encargadas del primer ataque. Fuera de esta disposición tenía orden Zieten de entretener con 40 escuadrones la caballería de Nadasdy, para impedir que ésta turbara los movimientos de la infantería prusiana. El resto de la caballería quedó apostado detrás de las líneas á manera de reserva.»

Se ve que Federico el Grande se había propuesto en Kolin el mismo plan de ataque por una ala, que empleó delante de Praga y más adelante cerca de Leuthen. En Kolin dependía el buen éxito de este plan del exacto cumplimiento de la orden dada á la derecha de permanecer inmóvil hasta que él la llamara al socorro de su ala izquierda. Por desgracia no se hizo así. Para referir lo que sucedió, dejaremos otra vez la palabra al mismo rey Federico, cuya relación, despues de las más minuciosas investigaciones, ha resultado perfectamente verídica, á pesar de los esfuerzos hechos posteriormente por la casa de Anhalt para desfigurar la verdad, esfuerzos que tan inmerecido éxito tuvieron.

El general Hülsen empezó el ataque con seis batallones y 14 piezas de artillería. De los restantes 21 batallones, formaban 6 la segunda línea y 15 la primera. Zieten atacó con su caballería al cuerpo de Nadasdy, al cual dispersó y persiguió hasta más allá de Kolin dejándolo cortado de las fuerzas austriacas, de suerte que en aquel día no podía ya hacer ningún daño á los prusianos. A la una de la tarde atacó Hülsen el cementerio y la aldea del cerro Crechor, donde encontró poca resistencia y se apoderó de dos baterías, cada una de 12 cañones.

Hasta aquí todo había marchado bien; pero desde este momento se cometieron los errores que hicieron perder á los prusianos la batalla. El príncipe Mauricio de Anhalt-Dessau (que nació en 31 de octubre de 1712 y murió el 11 de abril de 1760) entonces, ya desde 1741, jefe del regimiento de infantería número 22, y que mandaba en Kolin la infantería de la izquierda, no cumplió la orden del rey de situarse detrás de la aldea que acababa de tomar Hülsen para apoyar á éste, sino que se situó á 1,000 pasos del cerro. El rey observó la falta, es decir, el aislamiento de las fuerzas

de Hülsen en lo alto del cerro, y condujo la infantería del príncipe de Anhalt hasta la falda, cuando oyó súbitamente un violento tiroteo á la derecha, donde había mandado tan terminantemente que las tropas estuviesen fuera del alcance de los tiros. No había tiempo que perder; y no viendo ya más recurso para restablecer la unión entre las dos alas, mandó adelantar los batallones de la reserva, y se dirigió á todo escape á la derecha para ver lo que allí había sucedido. Allí observó que el general Manstein había cometido la misma falta que en la batalla de Praga, entrando con su brigada en acción antes de recibir la orden. Desde la carretera donde estaba apostado había visto panduros en una aldea próxima, y no había sabido resistir al deseo de arrojarlos de allí. Penetró, pues, en la aldea, desalojó á aquella milicia feroz y persiguiéndola con ardor ciego, vióse de repente con sus fuerzas blanco de la metralla de las baterías austriacas, y atacado luego por el enemigo directamente, en cuya situación acudió á su auxilio el ala derecha de la infantería prusiana.

Cuando el rey llegó al sitio del combate, se hallaba ya este tan empeñado, que una retirada habría concluido por una verdadera derrota. No tardó en entrar en acción toda la izquierda, cosa que sus jefes podrían haber impedido fácilmente, y la batalla se hizo general. Lo peor fué que no quedando ya ni un solo batallón de reserva, se vió el rey condenado á dejar hacer y á limitarse forzosamente al papel de espectador. El feldmariscal Daun, gran capitán como era, aprovechó la falta de los prusianos, mandando acercarse a su reserva y atacar al general Hülsen hasta entonces victorioso. Hülsen tampoco cedió entonces, y hasta habría ganado toda la batalla si solamente hubiese podido ser reforzado con cuatro batallones más, porque rechazó á la reserva austriaca y en seguida la hizo perseguir por los dragones del regimiento de Normann, que la dispersaron y le quitaron cinco banderas, despues de lo cual atacaron á la caballería sajona (carabineros) y la arrojaron más allá de Kolin. Entre tanto había ganado un poco de terreno el centro y la derecha de los prusianos, pero sin que esto les diera ninguna ventaja notable. Todos sus batallones estaban tan diezmados por el fuego enemigo tanto de artillería como de infantería, que dejaban entre sí un espacio triple de lo que convenia; y como no formaban más que una sola línea, ni había tampoco reserva, fué menester situar en los claros á cierta distancia detrás de la línea escuadrones de coraceros. Un regimiento de caballería prusiana atacó á una fuerte división enemiga de la misma arma, y la habría destrozado sin una batería austriaca que lo ametralló y lo puso en tal desorden que los jinetes volvieron grupas y huyeron aterrorizados arrollando á dos regimientos de infantería situados detrás de ellos, el de Bevern y el del príncipe Enrique. Viólo el general enemigo, y lanzó su caballería sobre aquella tropa desordenada con lo cual se generalizó la confusión. Quiso Federico destruir el mal efecto de la jornada arrojándose sobre la caballería enemiga con los coraceros que allí tenía; pero no le fué posible hacerles volver al ataque. Entonces tomó dos escuadrones del regimiento Truchsess que efectivamente atacaron á la caballería austriaca por el flanco y la hicieron retroceder hasta el pié de las alturas. De toda la infantería de su ala derecha solo continuó firme el primer batallón de la guardia real, despues de haber rechazado á cuatro batallones enemigos y á dos regimientos de caballería que habían tratado de rodearlo y envolverlo. Pero un solo batallón, por grande que fuese el valor de sus individuos, no podía restablecer una batalla perdida. También se sostenía todavía el general Hülsen en Crechor con su infantería y algunos jinetes que se le habían enviado, y no se movió hasta las 9 de la noche

cuando recibió la orden de emprender la retirada con el resto del ejército. El príncipe Mauricio condujo las tropas á Nimburgo, por donde pasaron el río Elba sin ser perseguidas por un solo húsar enemigo.

Esta batalla desgraciada costó al rey 8,000 de sus mejores soldados y le desbarató todo el plan de campaña, obligándole á levantar el sitio de Praga y á abandonar la Bohemia. A estos descalabros se añadieron nuevas y grandes pérdidas causadas por la manera torpe con que su hermano el príncipe Augusto Guillermo dirigió la retirada de la mitad del ejército. A fines de julio volvió á estar todo el ejército prusiano en Sajonia. La dureza con que el rey reprendió por sus faltas al príncipe heredero su hermano hizo que este dimitiera el mando en el acto, y que muriera de sentimiento al año siguiente.

En esta situación, tan desesperada á los ojos de los pusilánimes, que su propio hermano el príncipe Enrique le aconsejó que se echara en brazos de la Francia, y salvara con la inmediata restitución de la Silesia el resto de sus Estados, escribió Federico II las dos relaciones, en las cuales justificó su conducta militar y política del año que acababa de espirar. Al final de la que lleva el título: «Apología de mi conducta política,» dice: Que me acusen, si quieren, ante el tribunal de la política; siempre sostendré que desde la liga de Cambray no ha visto la Europa una conspiración tan inicua como esta, y aun aquella liga no podría ni puede compararse con la peligrosa triple alianza que se levanta ahora, que se atribuye el derecho de declarar reyes fuera de la ley, y cuya ambición no se ha revelado todavía en toda su magnitud. ¿Quién acusará de imprudente al caminante contra el cual se han conjurado tres forajidos con sus satélites, y que se ve atacado por ellos alevosamente en un sitio apartado de una selva por donde le llevan sus negocios? ¿No preferirá el mundo ir en busca de los criminales para cogerlos y entregarlos á la justicia á fin de que esta les dé el pago que merecen? ¡Pobre humanidad! El mundo no juzga nuestras acciones por los móviles que nos impulsan á ellas, sino por el éxito. ¿Qué debemos hacer, pues? Tener suerte.»

Al final de la otra relación describe la situación militar en que le ha colocado la explosión de la conspiración magna, diciendo: «60,000 rusos se dirigen contra la Prusia; una división se ha apoderado de Memel; el gran ejército se ha retirado á diez leguas de la frontera; muchas galeras amenazan la costa con un desembarco. Lehwaldt (general prusiano) se ha de limitar á proteger la capital, y necesita refuerzos para poder tomar la ofensiva. Sé que el duque de Cumberland (encargado por el rey de Inglaterra, su padre, de la defensa del electorado de Hanover) ha sido derrotado, y que se dirigen 40,000 franceses desde la Westfalia sobre Halberstadt. He hecho lo único que me ha sido posible hacer mandando los seis batallones que guarnecían á Wesel á Magdeburgo, donde ahora hay diez batallones gracias á esta disposición. El príncipe de Soubise se dirige hácia Weimar para invadir la Sajonia y arrojarme de ella, y los suecos tienen ya reunidos cerca de 10,000 hombres en Stralsund. He mandado para hacerles frente dos regimientos de infantería á Stettin, donde ahora hay dos batallones, y además organizó diez batallones de milicias con los cuales habrá allí un total de diez y seis batallones. Un cuerpo de 8,000 á 10,000 húngaros ha penetrado en Silesia cerca de Landshut y otro cuerpo de la misma fuerza está destinado á penetrar por el lado de Teschen. Si mi ejército fuese todavía tan numeroso como al principiar la campaña, podría hacer frente á la mayor parte de mis adversarios; pero ahora no puedo ya organizar más que un solo ejército, y arrojarme con él sobre el más peligroso de

mis enemigos. Si no me doy prisa á arrojar á los austriacos de la Lusacia, me inundarán con su gente el Brandeburgo llevándolo todo á sangre y fuego, y si ataco á los austriacos y pierdo la batalla, acelero un mes mi ruina; pero si tengo bastante fuerza para vencer, puedo limpiar de ellos la Lusacia y colocar allí un cuerpo de ejército de observación, enviar una división á Silesia y otra á Halberstadt para hacer frente allí á los franceses y ganar tiempo. Esta es, en mi triste situación, la resolución más eficaz, más noble y más honrosa. He creído de mi deber dar cuenta al reino y á la posteridad de mi situación y de las consideraciones que me han hecho preferir una resolución á la otra, á fin de que mi memoria no quede manchada con acusaciones inmerecidas. Es indudable que existen muchas personas más hábiles que yo; y tampoco ignoro cuán distante me hallo de la perfección; pero cuando se trata de amor patrio, de celo para conservar la patria y su fama, no cedo á nadie en el mundo, y estos sentimientos conservaré constantemente hasta mi último suspiro.

II.—HASTENBECK Y KLOSTER-ZEVEN.

Dos meses completos antes de formalizar la Francia su tratado de alianza ofensiva con el Austria se precipitó á la guerra contra la Prusia; tanta prisa tenía el rey Luis XV de probar á la emperatriz cuán poco le importaba el interés de su país cuando se trataba de complacerla y darle pruebas convincentes de su confianza ilimitada. Por supuesto, no faltó su correspondiente plan de campaña infalible, porque según nos refiere Bernis, antes de la salida de Argenson del ministerio de la guerra se había redactado una memoria que contenía todo el plan. En ella se exponían todos los errores y faltas que la Francia había cometido en sus guerras anteriores con el extranjero; se analizaban prolijamente los principios más admirables y las precauciones más prudentes y juiciosas; y el rey había aprobado y autorizado solemnemente todo este trabajo. Veamos ahora lo que dice Bernis en sus Memorias sobre la ejecución de aquel plan que aseguraba la victoria más completa si se seguían puntualmente sus prescripciones: «No parece, exclama el abate, sino que en ambas campañas se siguió adrede el propósito de conculcar todas las prescripciones de aquella memoria. Ninguna de las faltas que había previsto se evitó; de ninguno de los recursos que indicaba para enmendar las faltas cometidas se echó mano; la guerra terrestre hacia creer que el rey de Prusia nos había cohechado para arruinarnos nosotros mismos y proteger su causa, y la guerra marítima parecía estar dirigida por los ministros de Londres para aniquilar nuestra marina.»

Antes de ponerse el ejército en marcha tuvo asegurada su desgracia con la elección del general en jefe.

La Pompadour, que solía juzgar de la capacidad de los ministros, embajadores y generales por la fisonomía, como las gitanas juzgaban del porvenir por las rayas de las manos, eligió el vencedor de Federico el Grande entre la numerosa cohorte de los generales más incapaces con que jamás ha sido castigado pueblo alguno. El favorito de aquella mujer, y por consiguiente del rey, era Carlos de Rohan, príncipe de Soubise, que había nacido el 16 de julio de 1715, el cortesano más elegante, el tertuliano más ameno, el bailarín más hábil de la corte de Versalles, y además según asegura Bernis, hombre íntegro como pocos; mas para general no ofrecía apenas otra garantía sino la seguridad de que haría la guerra con todo el decoro y cortesía posibles, y que redactaría sus boletines de batalla con el intachable estilo de la almirada literatura pastoril entonces en moda. Este fué el astro militar destinado á ganar el bastón de mariscal en la lucha con Fe-